



José Luis Lanuza



La traducción del Indio a León Hebreo

En 1586 Garcilaso de la Vega vive en Montilla, un pueblo enclavado entre las montañas, no muy lejos de Córdoba. Garcilaso ya tiene unos cuarenta y cinco años y hace más de veinticinco que reside en España. Ha sido todo lo que se puede ser en España: soldado en las guerras de Granada, hombre de iglesia... Ahora ejerce de capellán en la parroquia de Santiago, en Montilla. Montilla pertenece a los marqueses de Priego, que están emparentados con el padre de Garcilaso. Pero el padre, conquistador en el Perú, ha muerto hace tiempo. Garcilaso en Montilla es como un pariente pobre que se resigna, metido entre libros, de no tener otras grandezas. Llena sus ocios leyendo y escribiendo ya «que por beneficio no pequeño de la fortuna me faltan haciendas de campo y negocios de poblado».

Ahora lo vemos como lo pintó en un retrato imaginario el peruano Francisco González Gamarra: -180- sentado en un sillón frailer, junto a la mesa en la que se extienden las cuartillas blancas, con una pluma de ganso en la mano, los ojos perdidos, con aire nostálgico. Sobre el vestido negro le cuelga, sostenido por una cadena, un medallón de oro con la imagen del sol, que era el dios de sus antepasados. Porque por las venas del capellán de la iglesia de Santiago corre sangre de los antiguos incas, que fueron monarcas del Perú. La mezcla de razas se le nota en la nariz aguileña, en las cejas levantadas, pero sobre todo en el aire nostálgico. Porque, desde la Montilla andaluza, Garcilaso piensa en el Cuzco natal, la ciudad de piedra, indígena, a pesar de los remiendos españoles, la ciudad donde quedara su madre: Isabel Chimpu Ocello, hija de Huallpa Tupac Inca y prima de Atahualpa, el indio sacrificado.

En la imaginación se le amontonan recuerdos del Perú de su infancia. Ritos extraños, templos suntuosos convertidos en iglesias cristianas, gentes ensimismadas, silenciosas, atemorizadas; conquistadores violentos, a veces heroicos, amigos de su padre. Recuerda las guerras civiles llenas de crueldades superfluas. Sobre todo eso quisiera escribir. Recrear sobre el papel las imágenes de su recuerdo. Exponer en un plan orgánico todas sus noticias de América. -181- Sostiene largas pláticas con gente que ha vivido en el nuevo mundo. Particularmente con un soldado que ha estado en la conquista de la Florida con Hernando de Soto, el que buscaba la fuente de la eterna juventud. Pero también se cartea con gente del Perú y hace preguntas, confirma recuerdos o lecturas, colecciona noticias. Siente como un deber racial, que lo obliga a ocuparse de sus compatriotas y, hasta cierto punto, vindicarlos de juicios adversos.

Y mientras se mueven en su fantasía las imágenes de la América indígena, da en leer, en italiano, un libro que lo deleita, que le trae, entre mil referencias eruditas, una nueva interpretación del mundo. Y resuelve, tal vez para asentarse en el oficio de escritor, traducir ese libro al castellano. El libro se llama *Los diálogos de amor* y está firmado por Judas Abrabanel, también llamado León Hebreo.

Tal vez no sabe nada Garcilaso de la vida de León Hebreo. Tal vez no sabe que fue un desterrado como él, pero una secreta simpatía lo atrae hacia su libro, lo obliga a meditarlo y a traducirlo pacientemente. Judas Abrabanel había nacido en Portugal y residió luego en España. Cuando la expulsión de 1492 pasó con su padre a Nápoles y después a Sicilia. El padre, Isaac Abrabanel, que había sido -182- consejero de reyes -del de Portugal, del de Aragón- escribió alguna vez un comentario a los profetas menores. Judas Abrabanel, a su vez, escribió un poema hebreo en elogio de su padre. Pero la obra que le dio nombradía fue *Los diálogos de amor*, escrita, posiblemente, en italiano. Ahí se juntaban en una síntesis armónica las antiguas filosofías de Atenas y de Alejandría con las enseñanzas de la Cábala. Platón quedaba como un discípulo de Moisés. Se fusionaban los mitos griegos con los judíos. *El banquete* de Platón se barajaba con los comentarios del *Génesis*. Y a través de esa interpretación, el mundo se hacía comprensible como una serie de emanaciones que iban de lo visible a lo invisible, semejantes a aquella escalera que soñó Jacob por la que subían y bajaban los ángeles. El mundo no era sino una representación del amor. León -resume Menéndez y Pelayo considera al mundo «como una objetivación del amor o de la voluntad que se revela y hace visible en infinitas apariciones y formas».

León Hebreo escribió sus diálogos en 1535. (Él prefiere decirlo en números del cómputo judío: «Tenemos, según la verdad hebrea, cinco mil y doscientas y sesenta y dos desde el principio de la creación»). -183- La primera edición conocida, la italiana, es de 1535. Pronto las ediciones se multiplicaron. En 1559 apareció una versión de los diálogos al francés. En 1564 al latín. En 1568 al castellano, editada en Venecia. En 1582 otra en castellano, por Micer Carlos Montesa, en Zaragoza. Sin duda Garcilaso no las conocía o no le satisficieron las anteriores y prefirió hacer una más correcta y más literal que apareció en 1590, con el extenso título que sigue: *La traducción del Indio de los Tres Diálogos de Amor de León Hebreo, hecha de Italiano en Español por Garcilasso Inga de la Vega, natural de la gran Ciudad del Cuzco, cabeza de los Reynos y Provincias del Perú, Dirigidos a la Sacra Católica Real Magestad del Rey don Felipe nuestro señor. En Madrid. En casa de Pedro Madrigal. M.D.X.C.*

Garcilaso, al divulgar el sistema greco-hebreo del judío Abrabanel -síntesis del occidente y del oriente- no deja de mencionar su condición de hombre venido de un mundo nuevo, de un último occidente. Por eso llama a la suya traducción del Indio. Y al mandar el manuscrito al rey Felipe le dice que se presenta «en nombre de la gran ciudad del Cuzco y de todo el Perú... con la pobreza deste primero, humilde y pequeño servicio, aunque para mí -184- muy grande, respecto el mucho tiempo y trabajo que me cuesta: porque ni la lengua italiana, en que estava, ni la española, en que la he puesto, es la mía natural, ni de escuelas pude en la puericia adquirir más que un indio nacido en medio del fuego y furor de las cruelísimas guerras civiles de su patria, entre armas y cavallos, y criado en el exercicio dellos, porque en ella no avia entonces otra cosa, hasta que passé del Perú a España»...

Ni la lengua italiana ni la española le eran naturales, dice el indio. Y piensa -sin nombrarlo- en su idioma auténtico, en el quechua de su Cuzco natal. Tampoco a Judas Abrabanel le era natural el italiano de sus diálogos, puesto que cuando quiso escribir algo entrañable, como el elogio de su padre, lo hizo en hebreo, que era el idioma de su corazón.

La traducción del indio señala un momento histórico importantísimo: el del encuentro casual de dos culturas. Por primera vez un hombre de América interviene en el mundo de las letras de Europa. E interviene con la traducción de un libro que es una síntesis de la filosofía de Grecia y de la tradición de Israel. Pero mientras vertía a León Hebreo al castellano, Garcilaso -el inca Garcilaso, Garcilasso Inga, escribía él-, tenía la imaginación atiborrada -185- de cosas de América. Afilaba su pluma con el libro de León Hebreo, pero ya le prometía al rey otras obras: «espero, para mayor indicio de afecto ofreceros presto otro semejante, que será la jornada que el adelantado Hernando de Soto hizo a la Florida, que hasta aora está sepultada en las tinieblas del olvido. Y con el mismo favor (divino) pretendo passar adelante a tratar sumariamente de la conquista de mi tierra, alargándome más en las costumbres, ritos y ceremonias della, y en sus antiguallas, las quales, como propio hijo, podré dezir mejor que otro que no lo sea, para gloria y honra de Dios nuestro Señor»...

La traducción del indio a León Hebreo -dice Menéndez y Pelayo- «resulta mucho más amena de estilo que las otras dos que tenemos en castellano», la anónima de Venecia y la de Montesa, de Zaragoza. Sin duda también es la más fiel y apegada al original, razón por la cual mereció los honores de ser puesta en el índice de los libros prohibidos, a pesar de todas las aprobaciones reales y eclesiásticas con que contaba la edición. «La Inquisición -agrega el mismo crítico católico- puso en su índice la traducción del Inca, pero no las demás. -186- Sin duda fue por algunos rasgos de cabalismo y teosofía que Montesa atenuó o suprimió».

Sin que su autor se lo hubiera propuesto, el primer trabajo de un hombre de América en España resultaba revolucionario y, en consecuencia, prohibido. Con su obra principal, los *Comentarios reales*, hubo de suceder lo mismo. Ricardo Rojas lo explicó en unas sintéticas frases, dignas de ser repetidas: «si es alta la jerarquía literaria de los *Comentarios Reales*, no es menor su importancia en la historia política de América. Para comprobarlo baste decir que el rey de España necesitó prohibir este libro en sus colonias y que San Martín propuso reeditarlos como estímulo de nuestra emancipación. Ningún otro libro colonial trascendió tanto en los tiempos ni conmovió tan hondamente los espíritus».

El inca Garcilaso murió, ya viejo, a los 75 años de edad, el 22 de abril de 1616. Fue sepultado en la catedral de Córdoba, que antes fuera mezquita de los árabes. En su extenso epitafio no se olvidan sus obras. «Comentó la Florida. Tradujo a León Hebreo; y compuso los Comentarios Reales». Y junto a los escudos de sus antepasados españoles se grabó uno nuevo que le correspondía como hombre de América, de la casa real de los incas: el llanto, -187- símbolo de la realeza peruana, el arco iris, unas serpientes de azur, el Sol y la Luna. Como si los viejos dioses del Perú lo siguieran acompañando en el otro mundo.

1954

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario